



Damien de Molokai: Sacerdote y Leproso

Una conocida congresista recientemente destacó una estatua en la sala de estatuas del Capitolio como símbolo del “patriarcado y la cultura supremacista blanca”. Fue presentado por el pueblo de Hawai en 1969 para conmemorar su décimo aniversario de su categoría de estado. Es una estatua de San Damián de Molokai.

En este verano de desprecio por el pasado, es natural preguntar qué hizo este hombre para merecer tal derrocamiento de su reputación. ¿Quién era ese Damien? ¿Qué hizo él? Un nativo de Bélgica, Jozef De Veuster nació en 1840; a la edad de 19 años se unió a la Congregación de los Corazones de Jesús y María, una orden fundada para el trabajo misionero en las Islas del Pacífico. Tomando “Damien” como su nombre religioso, él fue enviado a Hawai y ordenado sacerdote cuando llegó en Mayo de 1864. Él tenía 24 años.

El Hawai al que llegó Damien fue afectado por un espantoso brote de lepra. La cuarentena del gobierno confinó a los pacientes a hospitales donde los médicos podrían estudiar la enfermedad. Lo que aprendieron no les permitió curar. Las llagas de la lepra iban y venían, solo para regresar como úlceras que podían infectarse y lo hicieron. Rápidamente, la infección leprosa se propagó de persona a persona y se produjo el pánico. Ante un contagio aparentemente irresistible, el gobierno adoptó una forma más severa de cuarentena: la deportación. Los leprosos

fueron enviados a la cercana isla de Molokai, separados de sus familias y de su iglesia. Los barcos entrantes trajeron suministros y nuevos leprosos, pero no visitantes. Molokai era una isla de exiliados.

Que el Obispo Louis Maigret enviara sacerdotes a este escenario de aflicción hubiera sido darles una asignación a la muerte, por lo que no podía ordenarles que fueran. Pero podía preguntarles si alguien se sentía llamado a un sacrificio heroico, y sí preguntó. Cuatro hombres dieron un paso al frente, el Padre Damien De Veuster entre ellos. Para disminuir sus posibilidades de contraer la enfermedad, se acordó que cumplirían períodos sucesivos de tres meses.

El primero en salir fue el Padre Damien, encargado con la tarea de establecer una parroquia, con el entendimiento de que los otros sacerdotes se rotarían para reemplazarlo. Pasaron los meses, luego los años. Ellos nunca vinieron. El “mandato” del Padre Damien se extendió desde 1873 a 1889, el año de su muerte.

El Molokai en el que desembarcó fue invadido por robos, borracheras y prostitución. Debido al olor a pútrido de sus llagas, los leprosos más enfermos sufrieron un segundo exilio, a los “cobertizos de la muerte”, cuando ya no pudieron moverse. Allí no iban visitantes a verlos—nadie excepto el Padre Damien. Por la noche, él les traía comidas y rezaba el Rosario por ellos, fumando su pipa todo el tiempo para que la pestilencia fuera tolerable. Él los invitó a recibir los sacramentos; y cuando ellos murieron, él les construyó sus ataúdes y los enterró con plena dignidad Cristiana.

Consciente de que no era inmune a la enfermedad que rodeaba su vida, el Padre Damián confiaba en que Dios lo protegería mientras fuera necesario; e hizo suyo el mundo de los leprosos. Él les estrechó la mano, los abrazó, les vendó las heridas. Para los niños leprosos huérfanos, organizó deportes y puso a los más saludables en equipos de trabajo, enseñándoles a cultivar y construir – escuelas, carreteras, un orfanato, un hospital, un cementerio. Pero para sus feligreses exiliados, este extraordinario cambiador del mundo fue ante todo el sacerdote que les llevó a Dios a ellos y ellos a Dios. Cuando murió, Molokai contaba con más de 600 católicos entre sus 1,000 residentes.

Por once años, la protección de Dios sobre el Padre Damien mantuvo alejada la lepra, pero luego las temidas manchas comenzaron a aparecer en su piel. En sus últimos cinco años, a medida que la enfermedad ganaba terreno en su cuerpo, sus feligreses pudieron ver su sufrimiento exactamente reflejado en el de su sacerdote. A su fallecimiento no lo denunciaron como agente del “colonialismo” ni lo condenaron por imponer la “cultura supremacista blanca”. En cambio, el primer ministro de Hawái lo llamó “un héroe Cristiano” y se erigió una estatua de él frente al capitolio del estado.

Lo que los Hawaianos parecen haber reconocido en Damien De Veuster no fue el “patriarcado” sino la paternidad. Quizás haríamos bien en dejar su estatua en Washington hasta que el resto del país “despierte” a su espléndido ejemplo.